

cia de los atributos de una sustancia á esta misma sustancia, y de los efectos de una causa á la causa de que derivan. Cuandolos atributos se refieren á una sustancia y los efectos á una causa, de suerte que les pertenezcan exclusivamente, y no á ninguna otra sustancia ó causa, adhieren y son inseparables: de lo que resulta que el orden es estable.

Siendo el arte de induccion que estriba en esta creencia, un conjunto de reglas que estriban igualmente en esta misma creencia, este arte es sólido en su principio y en sus aplicaciones.

El valor de la lógica consiste pues en su arte doble. Kant, que en materia de filosofía no prodiga su admiracion, reconoce que hace tiempo que está hecha. En efecto, lo está hace tiempo, desde Aristóteles por un lado, y Bacon por otro, á los que debe el eminente rango que ocupa en filosofía.

Considerada bajo el aspecto de su utilidad práctica, la lógica es util, pero no necesaria; no porque deje de ser indispensable la lógica natural, en todos los casos que se trate de buscar la verdad, pues no hay ciencia sin método, ni método sin lógica, sino porque la lógica no existe siempre en la conciencia al estado de arte, siendo muchas veces aquel orden cierto pero oscuro, que preside al movimiento y á la conducta de la razon. Siempre necesaria bajo esta segunda forma, no lo es tanto bajo la otra, que como arte, como cosa aprendida, no es seguramente una condicion indispensable de conocimiento. Pero si no es absolutamente indispensable, no deja por esto de ser eminentemente util, y no se

puede prescindir de su estudio sin privarse de una preciosa ventaja.

La utilidad de la lógica no es palpable inmediatamente despues de su esplicacion, pues aun no ha podido cambiarse en disciplina y volverse costumbre; mas sus efectos son evidentes cuando sus preceptos, comprendidos, grabados en la memoria, y siempre presentes al entendimiento, han entrado en el dominio de aquellas ideas que todo lo regulan y á que todo se conforma: creencias, juicios y acciones. Pero cuando de la pura region del entendimiento la lógica ha penetrado en la de la voluntad, cuando, de progreso en progreso, ha cundido por el alma entera, avasallándola, sometiéndola á su régimen é imponiéndole sus leyes, entonces ejerce sobre el pensamiento la influencia mas benéfica y eficaz, dándole á conocer la verdad, perfeccionando las ideas y teniendo todas las ventajas sin ninguno de los inconvenientes de la lógica instintiva.

Tal es lo que hemos juzgado oportuno añadir al P. Almeida acerca de la lógica considerada bajo su aspecto moral, objeto, dominio, valor científico, y utilidad práctica.

NOTA II, *pág.* 58.

Veamos ahora las reglas de la facultad de imaginar con relacion á la ciencia.

Como la del poeta, la imaginacion del sabio pro-

cede por ficciones, pero en este último las ficciones se refieren á la ciencia, pues su objeto es lo verdadero, tal como por hipótesis lo concibe, tal como se lo figura por las propiedades prestadas á los seres, de las leyes que dimanen de estas propiedades, á veces de la existencia concedida por una mera presuncion, en una palabra de un sistema de hechos que á lo menos provisoriamente, es una creacion de su fantasía: su objeto es igualmente preceder la esperiencia, anticiparse sobre la observacion, descubrir, si es posible por conjetura, presumir lo desconocido despues de haberlo estudiado, construir ó forjarse un sistema de hechos, y despues preguntarse á sí mismo: ¿Si todo esto fuese verdad? ¿Si las cosas hubiesen pasado realmente como mi imaginacion me las presenta? Esta manera de proceder es realmente ventajosa, aun cuando por otra parte no deje de presentar peligros: aun las veces que no se propone objeto alguno, y que es enteramente casual é indiscreto, este proceder tiene la ventaja de que, intrincando la inteligencia y arrojándola entre precipicios numerosos y sendas difíciles, la obliga á un trabajo de luchas y recursos, y amañada á sacarse del apuro, aumenta considerablemente su agilidad y energía; es verdad que la descamina, pero no la descamina en el vacío, y muchas veces despues de haber recorrido estas regiones fantásticas, la inteligencia vuelve enriquecida de nuevas ideas y fecundos resultados, como vuelve enriquecido de perlas y corales el buzo que desaparece entre las ondas. Pero sobre todo esta especie de imaginacion es eminentemente util, cuando pruden-

te en sus tentativas, no construye sistemas estériles en el aire, sino que los apoya sobre datos reales comunicándoles, en todo lo posible, el caracter de la verosimilitud.

De cualquier modo, con tal que no intervenga el abuso, la imaginacion, aplicada á la filosofía, tiene la incontestable ventaja de escitar á ejercer la reflexion sobre cada combinacion propuesta, y á pensar cada idea que le somete. En efecto, ¿cual es su empleo? Suponer en las cosas un orden determinado, orden que por poco probable que sea, debe escitar y atraer la imaginacion, que puede ser arbitraria como tambien puede ser real, que tal vez no es susceptible de sostener un examen verídico, como tal vez puede resistirlo impunemente y por consiguiente toda la cuestion está en juzgar lo que se ha imaginado, reconocer por la observacion y aun mejor por la esperiencia, aplicada á la observacion, si es verdadero ó falso, lo que hay de verdadero ó de falso, si se debe adoptar ó desechar; en una palabra discutir despues de haber imaginado. Para este fin se debe acudir á dos suertes de indagaciones; es preciso estudiar los hechos conocidos y buscar otros nuevos; buscar los unos en la historia explorada severamente, y los otros en la naturaleza preguntada con industria; cotejarlos lógicamente con el sistema concebido de antemano, y ver hasta qué punto lo corroboran ó lo impugnan; y entonces, independientemente del resultado inmediato de estas dos suertes de indagaciones, resultado que es la aprobacion ó condenacion de este sistema, hay otros diversos que, si bien secundarios, indirectos y accesorios

no dejan de ser importantes. Las ventajas que resultan del examen de una hipótesis que se despeja por el análisis, son mas considerables de lo que parece á primera vista: mil puntos, mil dificultades brotan á consecuencia, cuya resolucion es de notable provecho para la ciencia y otras tantas ocasiones de observacion y esperiencia, de que dimanan una multitud de preciosos materiales que, si no cooperan inmediatamente á la idea que actualmente ocupa, dejan no obstante excelentes elementos para la teoría, y que pueden servir para construirla y establecerla, de suerte que muchos, de una meditacion ilusa y fantástica, han acabado por ser pensadores instruidos, conservando de sus primeras miras solamente lo cierto, legítimo y verdadero, pues de las presunciones han pasado á las pruebas, y de las suposiciones á las esplicaciones. Así es muy posible que un hombre, meramente hipotético ó de invencion llegue á ser un hombre de razon, y tal vez un hombre de genio, pues puede llegar á penetrarse de verdades de singular profundidad, extension y novedad; y esto es el genio.

Debe tambien agregarse que muchos de los descubrimientos que forman época en los anales del entendimiento humano proceden de la imaginacion, si bien ayudada y rectificada, y tal vez no hay ninguno que antes de llegar á ser conocimiento, no haya sido una sospecha ó anticipacion cuya iniciativa viva y enérgica ha dimanado de la imaginacion.

Tales son los servicios que la ciencia puede recibir de la imaginacion aplicada á la razon.

No obstante, á pesar de las innegables ventajas que el filosofar con la imaginacion trae consigo, es necesario usar con sobriedad de un proceder tan arriesgado y atrevido que hace depender los progresos de la ciencia de una facultad ocupada mas de lo posible que de lo real, y que, si bien á veces se acredita por éxito brillante cuando contenida por la prudencia y dirigida por un presentimiento dichoso, no debe disimularse que en muchas otras circunstancias, precipita la mente en empresas frívolas ó insensatas, y solo conduce á errores y decepciones desagradables; por lo cual debe usarse con discrecion y con grandes precauciones.

NOTA III, *pág.* 90.

Para mayor ilustracion de tan importante asunto, que, en nuestro concepto, toca muy someramente el P. Almeida, hemos juzgado oportuno añadir las siguientes reflexiones, traducidas del célebre Pascal, que por la profundidad metafísica y elevacion de sus miras, plenamente justifica la asercion del escritor tal vez mayor de nuestra época¹: que sin religion se puede tener talento, pero que es difícil remontarse hasta la altura del genio:

« Nada sorprende mas en la naturaleza del hombre que las contrariedades que en todas cosas presenta. Su fin es conocer la verdad que con ansia an-

¹ M. de Chateaubriand.

hela y persigue; y sin embargo, en el momento de alcanzarla, se deslumbra y confunde de tal modo que ha dado ocasion á que algunos le disputen su posesion. De aquí proceden las dos sectas de pirrónicos y dogmatistas, queriendo los primeros despojar al hombre de todo conocimiento de verdad, y los segundos asegurársela completamente; pero cada uno con argumentos tan poco fundados y tan poco evidentes, que aumentan el apuro y confusion del hombre cuando no tiene otra luz que la que encuentra en su naturaleza.

Los pirrónicos alegan que, á escepcion de las verdades de la fe y revelacion, no tenemos otra certitud de la verdad de los principios, sino porque naturalmente los sentimos en nuestro interior; y este sentimiento natural, segun ellos, no es prueba convincente de la verdad, pues, no habiendo certitud fuera de la fe, si el hombre ha sido criado por un Dios bueno, ó por un demonio perverso, si ha existido en todos tiempos, ó si ha sido producido por la casualidad, no se sabe de cierto si estos principios nos han sido dados, ó verdaderos, ó falsos, ó inciertos, segun nuestro origen. Ademas nadie tiene fuera de la fe la certeza de si duerme ó vela, pues durante el sueño, creemos velar tan seguramente, como velando en realidad. Creemos ver los espacios, figuras y movimientos; creemos sentir correr el tiempo, y medirlo, en una palabra procedemos como cuando estamos efectivamente despiertos. De manera que pasando durmiendo una gran parte de nuestra vida, durante cuyo estado no tenemos idea de la verdad y todos nuestros sentimientos son ilu-

siones; ¿quien sabe si la parte restante en que nos parece velar no es mas que una especie de sueño un poco diferente del primero de que nos despertamos cuando pensamos dormir, como se sueña muchas veces que se sueña, amontonando ensueños sobre ensueños?

Omito todos los discursos de los pirrónicos contra las impresiones del hábito, educacion, costumbres, paisés y cosas semejantes que seducen á los hombres que discurren sobre tan débiles fundamentos.

El solo argumento de los dogmatistas, es que hablando con buena fe y sinceridad; no podemos dudar de los principios naturales. Conocemos, dicen, la verdad, no solamente por la razon, sino tambien por sentimiento y por una inteligencia viva y luminosa; y de esta última manera conocemos los primeros principios. En vano el raciocinio, de quien no proceden, procura combatirlos. Los pirrónicos que tienen esto por objeto se fatigan inútilmente. Sabemos y estamos seguros de que no soñamos, por mas impotente que sea nuestra razon para probarlo, cuya impotencia no concluye mas que lo debil y limitado de nuestra razon, y no como pretenden la incertidumbre de nuestros conocimientos: pues el conocimiento de los primeros principios como, por ejemplo, que hay *espacio, tiempo, movimiento, número, materia* es tan firme como los que nos proceden de los razonamientos. Y sobre estos conocimientos de inteligencia y sentimiento se debe apoyar la razon y fundar sus discursos. Yo siento que hay tres dimensiones en el espacio, y que los números son infinitos; y la razon me demuestra

despues que no puede haber dos números cuadrados de los cuales el uno sea el duplo del otro. Los principios se sienten, las proposiciones se concluyen; todo con seguridad aunque por diferentes caminos. Tan ridículo es que la razon exija del sentimiento é inteligencia las pruebas de estos primeros principios, como seria ridículo que la inteligencia exijese de la razon el sentimiento de las proposiciones que demuestra. Esta impotencia no puede servir mas que para humillar la razon que quiere juzgar de todo, pero no para combatir nuestra certidumbre, como si la sola razon fuere capaz de instruirnos. Y seria de desear que jamas tuviésemos necesidad de ella, y que pudiésemos conocer todo por instinto y sentimiento. Pero la naturaleza no nos ha concedido este bien, y nos ha dado muy pocos conocimientos de esta suerte: todos los demas solo pueden adquirirse por la razon.

La guerra queda abierta entre los hombres. Todos deben necesariamente tomar partido en el dogmatismo ó en el pirronismo; pues el que pensase permanecer indiferente seria pirrónico por excelencia, siendo esta neutralidad la esencia del pirronismo, de modo que quien no los impugna los aprueba. ¿Qué hará el hombre en este estado? ¿dudará de todo? ¿dudará si vela, si le pellizcan, si le queman? ¿dudará si duda? ¿dudará si existe? Hasta tal extremo no se puede proceder; y yo aseguro y doy por hecho que jamas hubo un pirrónico efectivo y perfecto, pues la naturaleza sostiene la razón impotente y la impide caer en tales estravagancias. ¿Pues qué hará el hombre? ¿Dirá, al contrario,

que posee ciertamente la verdad, cuando por poco que lo apuren, no puede mostrar título alguno que se la asegure y está obligado de renunciar á ella?

La naturaleza confunde á los pirrónicos, y la razon confunde á los dogmatistas. ¿Qué partido tomareis, ó hombre, que sinceramente buskais la verdad? No podeis huir ninguna de estas sectas, ni subsistir en ninguna. Tal es la condicion humana con respecto á la verdad.

Considerémosle ahora con respecto á la felicidad que busca con tanto anhelo en todas sus acciones, pues todos los hombres desean ser dichosos; y en este punto no hay escepcion. Por mas diferente que sean los medios de que se valen, todos tienden á este fin, y la voluntad no hace ni puede hacer el menor paso que no conspire á este objeto. Este es el motivo de todas las acciones de los hombres, aun hasta de las de aquellos que se asfixian y se ahorcan. Y sin embargo, hasta ahora ninguno, sin la fe, ha llegado á este punto, á que todos unánimemente tienden. Todos se quejan, príncipes y vasallos; nobles y plebeyos; viejos y jóvenes; fuertes y débiles; sabios é ignorantes; sanos y enfermos; sin distincion de pais, condicion, edad, ni sexo.

Una prueba tan larga, tan continua y tan uniforme debia habernos convencido de nuestra impotencia para llegar al bien por nuestros esfuerzos; pero el ejemplo no nos instruye, pues nunca es tan completamente semejante que no deje lugar á una pequeña diferencia; y esta nos hace creer que en la ocasion presente no será vana nuestra esperanza como en otra. Así no contentándonos nunca el pre-

sente, la esperanza nos engaña; y, de desgracia en desgracia, nos lleva á la muerte, que es el colmo de todas.

Es cosa sorprendente ver que nada hay en la naturaleza que no haya sido juzgado capaz de servir de fin y de felicidad humana, astros, plantas, animales, insectos, enfermedades, guerras, vicios, crímenes, etc. El hombre, caído de su estado natural, se ha sumergido en toda clase de escesos. Desde que ha perdido el verdadero bien, todo puede parecerle tal, hasta la destruccion propia, por mas contrario que sea á la razon y á la naturaleza.

Unos han buscado la felicidad en la autoridad, otros en las curiosidades y ciencias, otros en los deleites, y de estos tres géneros de concupiscencias han dimanado tres sectas y los llamados filósofos no han hecho efectivamente mas que inclinarse á una de ellas. Los hay que han considerado que es necesario que el bien universal, que todos desean, y en el que todos deben tener parte, no esté en ninguna de las cosas particulares que no pueden ser poseídas mas que por uno solo, y que, repartidas, afligen mas á su posesor por lo que le falta, que lo contentan por la parte que tiene. Han comprendido que el verdadero bien debe ser tal, que todos á la vez puedan poseerlo sin disminucion ni envidia, y que nadie pueda perderlo contra su grado. Lo han comprendido; pero no han podido hallarlo: y en lugar de un bien sólido y efectivo, han abrazado la imagen hueca de una virtud fantástica.

Nuestro instinto nos persuade que nuestra dicha reside en nosotros mismos. Nuestras pasiones nos

empujan afuera aun cuando no se ofreciesen para escitarla los mismos objetos, pues los objetos esteriore nos tientan y nos atraen, aun cuando no pensemos en ellos. Así en vano esclaman los filósofos: entrad dentro de vosotros mismos, allí encontrareis vuestro bien; en vano esclaman, nadie los cree, y los que lo creen son los mas necios y estóridos. ¿Pues qué cosa hay mas ridícula y mas vana que lo que se proponen los estóicos, y mas falso que sus argumentos? Concluyen que se logra siempre lo que alguna vez se logra: y que, puesto que el deseo de la gloria hace hacer algo al que lo posee, los demas lo podrán tambien, como si la salud pudiese imitar los movimientos convulsivos de la fiebre.

La guerra interior de la razon contra las pasiones ha hecho que los que han querido vivir en paz se han dividido en dos clases: unos han querido renunciar á las pasiones y ser mas que hombres: otros han querido renunciar á la razon y volverse bestias. Pero ni unos ni otros lo han logrado; y la razon siempre permanece para acusar la bajeza é injusticia de las pasiones, y turbar el reposo de los que á ellas se abandonan; y las pasiones se hacen sentir aun en aquellos que se precian de haber renunciado á ellas.

Tal es lo que el hombre puede por sí mismo con respecto al bien y al mal. Tenemos una incapacidad en probar invencible á todo dogmatista, y una idea de la verdad que confunde el pirronismo. Deseamos la verdad, y solo hallamos miseria. Somos incapaces de no desear la verdad y la felicidad, y al mismo tiempo,

somos incapaces de poseer estos dos dones completamente en este mundo. Este deseo nos ha sido dejado para castigarnos y para hacernos conocer nuestra caída.

El hombre no sabe en qué rango colocarse. Visiblemente descarriado, conoce en sí mismo los restos de un estado dichoso que ha perdido y que no puede recobrar. En medio de espesas tinieblas, por todas parte lo busca inquieto y en vano.

De aquí dimanar los combates de los filósofos, queriendo unos levantar al hombre descubriéndole su grandeza, y los otros abatirlo representándole su miseria. Lo mas notable es que cada partido se sirve de las razones del contrario para establecer su opinion; pues la miseria del hombre se concluye de su grandeza, como su grandeza se concluye de su miseria. Así los unos han demostrado la miseria con tanta mas evidencia, cuanto que daban por prueba su grandeza; otros han concluido su grandeza con tanta mas razon cuanto que alegaban su miseria. Todo lo que han dicho los segundos ha servido de argumentos á los primeros, pues mientras mas alto es el lugar de la caída tanto mayor es la miseria: y los otros al contrario. Los unos se han levantado sobre los otros por un círculo sin fin: siendo cierto que á medida que los hombres aumentan en luces, descubren mas y mas la miseria y grandeza humana. En una palabra el hombre conoce que es miserable: lo es pues, ya que él mismo lo conoce; pero tambien es muy grande, puesto que conoce que es miserable.

¡Qué enigma es pues es hombre! ¡Qué novedad,

qué caos, qué motivo de contradiccion! Juez de todo, estúpido gusano de la tierra, depositario de la verdad, conjunto de incertidumbre, gloria y escoria del universo: si se jacta yo lo deprimó; si se deprime lo jacto; y continuamente lo contradigo hasta que comprenda que es un monstruo incomprendible.»

Tal es la sublime filosofía de este autor eminentemente cristiano. Guiado por la antorcha de la religion, que nos enseña que el hombre perfecto en su origen poseia la verdad y la felicidad, y nos lo muestra como ruinas vivientes despues de su caída, combate vigorosamente el orgullo de aquellos que ignorantes ú olvidando tan importante dogma, y sin atender al error y miseria que nos acompañan, se han engreido locamente y adulado la soberbia humana, publicando que el hombre puede buscar en sí mismo la felicidad y elevarse por su razon á la contemplacion de la verdad; como igualmente la cobardía y vil sensualidad de aquellos que, igualmente exclusivos, si bien de una manera contraria, y atendiendo solamente á la miseria y al error del hombre, han querido despojarle de todo resto de verdad y de dicha, y sumergirlo en las tinieblas mas espesas y la duda mas helada. Pero para mayor desarrollo de lo espuesto, traducimos este otro pasage del mismo autor sobre Epitecto y Montaigne, en el que se ve con evidencia la flaqueza de la razon sin el auxilio de la fe:

« Epitecto es uno de los filósofos que mejor han conocido los deberes del hombre. Antes todas cosas quiere que se considere á Dios como objeto princi-

pal; que no se dude de su poder y justicia; que la criatura humana le esté sometida de todo corazón, y que voluntariamente lo siga en todo persuadida que todo lo hace con una gran sabiduría: que esta disposición detenga todas sus quejas y murmullos, y prepare su ánimo á sufrir en paz los acontecimientos mas funestos. No digais jamas (dice), he perdido tal cosa; decid: he vuelto tal cosa; no digais: mi hijo ha muerto, sino he vuelto á mi hijo: ha muerto mi esposa, sino he vuelto á mi esposa. Lo mismo debeis decir con respecto á los bienes, y todo lo demas ¿por qué os afanais, por qué os lamentais de que os requiera los bienes el que los prestó? Mientras que os permite su uso, cuidad estos bienes que teneis en depósito, como un viagero hace con los muebles de una posada. No debeis desear que las cosas se hagan conforme deseais, debeis desear que se hagan como se hacen. Acordaos que en este mundo sois como un actor, y que representais en una comedia el papel que ha querido el dueño. Si os lo da corto, representadlo corto; si os lo da largo representadlo largo; residid en el teatro tanto tiempo como os lo exija: pareced rico ó pobre segun os mande. La eleccion del papel que representais no os pertenece; solo os pertenece el representarlo bien. Tened continuamente delante de vuestra vista la muerte y los males que parecen mas insoportables, y jamas pensareis con bajeza ni deseareis con exceso. »

Enseña de mil maneras lo que debe ser el hombre. Quiere que sea humilde, que oculte sus buenas resoluciones, especialmente al principio, y que

las cumpla en secreto sin producir las exteriormente. No se cansa de repetir que todo el anhelo y afán del hombre deben tender á conocer la voluntad de Dios y seguirla.

Tales fueron las luces de este gran talento que tan bien conoció los deberes del hombre: ¡dichoso si hubiera conocido su flaqueza! Mas despues de asignar lo que se debe hacer, se pierde en la presuncion de lo que se puede: « Dios, dice, ha dado al hombre todos los medios de cumplir con sus obligaciones; estos medios estan siempre en el poder del hombre; la felicidad debe buscarse solamente por las cosas que siempre estan en nuestro poder, pues para este fin Dios nos las ha dado: debemos ver lo que hay libre en nosotros. Los bienes, la vida, la reputacion no estan en nuestro poder, y no conducen á Dios; pero el entendimiento no puede creer lo que sabe ser falso, ni la voluntad puede amar lo que sabe que lo hará infeliz: estas dos potencias son pues plenamente libres, y por ellas solas podemos volvernos perfectos, conocer á Dios perfectamente, amarlo, obedecerlo, agradarle, vencer nuestras malas inclinaciones, adquirir todas las virtudes, y volvernos por consiguiente santos y compañeros de Dios. » Estos principios orgullosos precipitan á Epitecto en nuevos errores, como, por ejemplo que el alma es una porcion de la sustancia divina; que el dolor y la muerte no son males; que el suicidio es lícito, cuando las persecuciones son tales que pueden hacernos creer que Dios nos llama, etc.

Montaigne nacido en un estado católico, hace na-

turalmente profesion de la fe católica ; pero queriendo buscar una moral fundada solamente en la razon, sin las luces de la fe, hace dimanar sus principios en esta suposicion, y considera al hombre destituido de toda revelacion. Todo lo pone en una duda tan universal y tan general, que llegando á dudar si duda, su incertidumbre rueda sobre sí misma en un círculo perpetuo y sin reposo: y no queriendo asegurar nada, se opone tanto á los que aseguran que todo es cierto, como á los que aseguran que todo es incierto, pues nada quiere establecer. La esencia de su opinion estriba en esta duda de sí mismo y en esta ignorancia que se ignora, la cual no puede espresar, por ningun término positivo: pues si dice que duda, se contradice en cierto modo, declarando y asegurando á lo menos que duda, lo que siendo contrario ó su intencion, se reduce á esplicarlo por una interrogacion; de manera que no queriendo decir: yo no sé, dice: ¿qué sé yo? Cuya espresion es su divisa, poniéndola en los dos platos de una balanza, que pesando las contradictorias, se encuentran en un completo equilibrio. En una palabra, es enteramente pirrónico, y sobre este principio ruedan todos sus discursos, todos sus ensayos, siendo esto lo solo que intenta establecer. Todo lo que entre los hombres se reputa mas cierto lo mina insensiblemente, no para establecer lo contrario, sino para hacer ver que siendo por ambos lados iguales las apariencias, el juicio no puede menos de quedar suspenso.

Con esta mira, se burla de todo lo que pasa por seguro; combate, por ejemplo, los que por la plu-

ralidad y presentida justicia de las leyes han pensado establecer un remedio eficaz contra los pleitos; ¡como si fuese posible cortar la raiz de la duda de que proceden los pleitos! ¡Como si hubiesen diques capaces de detener el torrente de la incertidumbre y cautivar las conjeturas! Con este motivo, dice que mas bien querria someter su causa á la decision del primero que se presente, que á la de jueces armados de tal número de ordenanzas. No pretende cambiar el orden del estado; ni que su parecer valga mejor, pues ninguno cree bueno: solo intenta probar la vanidad de las opiniones mas recibidas: haciendo ver que la abolicion completa de las leyes disminuiriá el número de litigios, con mas eficacia que esos códigos voluminosos que solo tienden á aumentarlos; pues creciendo las dificultades á medida que se pesan, las oscuridades se multiplican por los comentarios; y que el medio mas seguro de comprender el sentido de un discurso es de no examinarlo, y de entenderlo á primera vista: pues por poco que se examine, toda claridad se disipa. Bajo este modelo juzga las opiniones humanas y los pasages históricos, á primera vista y sin someter la opinion á las leyes de la razon, cuya direccion, según él, no es segura. Dice de sí mismo que le es enteramente indiferente acalorarse ó no en las disputas, pues por ambos lados encuentra un medio de hacer ver la flaqueza de las miserias humanas, y siendo el triunfo, tanto como la derrota, medios igualmente propios para consolidarse en su duda universal.

Sobre tales bases, por mas débiles y vacilantes